

LA RELIGIÓN CAPITALISTA

**El capitalismo
como religión**



La religión capitalista,
de Rodrigo Karmy Bolton

Fuente:

[La Raza Cómica](#)

Anexo:

El capitalismo como religión,

de Walter Benjamín



Maquetación y compilación

Demófilo, 2019

---o0o---

Dado que el texto de Rodrigo Karmy hace referencia al artículo -inédito- de Walter Benjamin “*El capitalismo como religión*”, hemos considerado conveniente añadir, como anexo, dicha obra de Benjamin.



*Libros libres
para una cultura libre*

Biblioteca Libre

OMEGALFA

2019

Ω

La religión capitalista

Rodrigo Karmy Bolton

Publicado por la revista «La raza cómica» en setiembre de 2017.

Más allá de la promesa ilustrada de la modernidad, las religiones se presentan en la actualidad copando gran parte de la esfera pública. Hasta hace no pocas semanas, la discusión en Chile en torno al aborto integraba argumentos “religiosos” según los cuales el feto supuestamente debía ser considerado “persona”, argumento donde la derecha encontraba una vía más en su defensa de la propiedad privada. Contra la apuesta moderna por la secularización (que implica una identidad y diferencia entre el mundo religioso y el mundo moderno), hoy las religiones no dejan de proliferar.

Si durante el siglo XIX hubo un cierto optimismo respecto a que dicha proliferación retrocedería a favor de una sociedad secularizada que diera lugar al “hombre” (Kant, Feuerbach, pero también la aparición de las “Ciencias del Hombre” en general), pareciera ser que tal optimismo encuentra hoy su refutación práctica. Las religiones no dejan de ingresar a la esfera pública, y el secularismo parece encontrar, cada vez, un retroceso histórico y político importante.

Claro está que las condiciones introducidas por la Guerra Fría promovieron explícitamente a los grupos religiosos: la CIA lo hizo con la secta Moon en Corea del Sur y con

los Talibanes en Afganistán, así como la administración norteamericana inició dicho proceso ya desde principios de los años 50 para contrarrestar el “ateísmo” soviético de la época. Con ello, las religiones no sólo ganaron espacio en la esfera pública, sino, además, lo hicieron alojando una alianza clave con el capital financiero y su progresiva consolidación en la ulterior caída del muro de Berlín. Esta relación entre proliferación religiosa y capital financiero es un nudo que debemos inteligir en orden a articular una crítica de nuestro tiempo.

Sin embargo, me parece, tal crítica es necesario hacerla no desde el lugar común, en el que se reivindica la esfera pública o el laicismo, sino más bien cuestionando nuestros “prejuicios democráticos” que presentan la historia en base al clivaje modernidad/tradición o progreso/retroceso, donde la noción de secularización resulta fundamental. ¿Cómo pensar el presente religioso más allá del paradigma de la secularización?

En 1921 Walter Benjamin escribe un texto titulado *El capitalismo como religión*, que jamás publicará. En él traza los contornos de lo que, en su perspectiva, constituía la característica crucial del capitalismo, esto es: que el capitalismo no era más que una religión. En contra de la tesis weberiana, según la cual el “espíritu” del capitalismo encontraría en la secularización de la ética protestante su origen y sentido, Benjamin plantea que el capitalismo no es la secularización del cristianismo, sino una nueva religión. Como tal, esta nueva religión se caracterizaría por tres rasgos claves: en primer lugar, se presenta como una religión exclusivamente de culto (se trata de hacer del trabajo el culto por excelencia), sin referencia a ningún dogma; en segundo lugar, tal culto resulta ser *sans treve et sans merci* (“sin tregua ni respiro”), y por tanto permanente y sostenido; en tercer lugar, el capitalismo es una religión sin redención de la culpa, porque es la

producción misma de la culpa. Y habrá que reparar aquí en el término “culpa” al que, igual que en Nietzsche, Benjamin saca puntas de su doblez semántica: en alemán Schuld significa culpa y deuda a la vez.

En este sentido, el fragmentario texto de Benjamin pone en tela de juicio la noción misma de secularización que, si bien goza de cierta buena reputación en las ciencias sociales y las humanidades en general, me parece que funciona como un término mágico, un concepto muy poco secularizado, en el que el análisis de una mutación se ahorra la descripción precisa del desplazamiento y/o sustitución de las formas. Secularización, como término fuerte en el que se asume una cierta filosofía de la historia, funciona como un concepto-sedante donde las letras descansan, las consciencias se tranquilizan y el pensamiento puede reposar. Como el término hegeliano de *aufhebung* (¿qué ha sido la secularización sino la forma histórica y filosófica del término *aufhebung*?), los problemas parecen quedar resueltos con sólo pronunciar el término secularización. Todo simula entenderse, asumir un modo de pensar la historia como el paso de un lugar a otro, de un mundo oscuro a un mundo iluminado (versión ilustrada) o, a la inversa (como ocurre en la versión romántica), desde el mundo de la luz al de la oscuridad moderna. En cualquier caso, se trata de un proceso de “derivación” o de “sobrevivencia” de la religión precedente al interior de la nueva religión capitalista que funciona como un proceso de des-sacralización o de des-teologización. La totalidad de la filosofía de la historia – en sus diferentes versiones– se anuda aquí. Sin embargo, la hipótesis benjaminiana sugiere pensar al capitalismo mismo como una religión y, por tanto, situar el problema de su actualidad no como una “derivación” ni como una “sobrevivencia”, sino como una verdadera mutación de las religiones precedentes en la nueva religión capitalista (es cuando Stefano Franchini sugiere que la *oikonomía* cristiana se torna *economía* política).

Por cierto, en relación al decisivo texto de Benjamin son varios los comentarios que se han desarrollado en los últimos años, sobre todo motivados por la crisis *subprime* europea del 2008 y la enorme catástrofe financiera de los diferentes países implicados. Desde los trabajos de Carlo Salzani hasta los de Elettra Stimilli, desde Giorgio Agamben y Peter Sloterdijk hasta Boris Groys, la pregunta de estos pensadores ha estado dirigida siempre a pensar en qué sentido el funcionamiento del capitalismo operaría como una “religión”. Sin embargo, tal reflexión ha dejado en la sombra el problema de las religiones “clásicas” o precedentes (judaísmo, cristianismo, islam, entre otras) una vez operada la mutación capitalista.

En efecto, ¿no es el pregnante diagnóstico benjaminiano una vía posible para pensar no sólo el estatuto culpabilizante/endeudante del capitalismo, sino también su reverso, esto es, la mutación que experimentan las religiones clásicas, aquellas que, como el judaísmo, el cristianismo o el islam sí se articularon en virtud de una experiencia salvífica? ¿Y qué ocurre cuando estas religiones son colonizadas por la nueva religión capitalista?

Hasta ahora, las ciencias sociales y las humanidades han usado en demasía la noción de secularización para subrayar el paso desde el mundo religioso al moderno, en todas sus modulaciones, diferencias o articulaciones, sin atender a que en dicho gesto se mantiene una cesura fundamental entre inclusión y exclusión, entre la supuesta civilización (mundo no religioso) y la barbarie (mundo religioso) o, lo que es igual, entre sociedades secularizadas y sociedades religiosas. Todo ello, por cierto, habrá tenido una incidencia directa en la articulación de las empresas coloniales desde 1492 hasta la fecha, que basaron su actuar en la diferencia entre civilizados y bárbaros, entre aquellos que estaban secularizados (evangelizados, civilizados o democratizados, dependiendo el momento histórico) y aquellos que no lo estaban y aún vivían o viven en la oscuridad religiosa (en la actualidad

es el islam quien ha sido construido por el orientalismo contemporáneo como signo de la oscuridad religiosa).

Pero es ahí donde Benjamin desafía el paradigma weberiano haciendo del capitalismo una religión en sí misma. Una religión de culto, por cierto, mostrando que la diferencia entre lo moderno y lo religioso resulta insostenible, porque impone una nueva religión a escala planetaria. Al revés de la interrogación contemporánea que usa el texto benjaminiano para problematizar el funcionamiento del capitalismo, me parece que resultaría igualmente clave interrogar su supuesto “pasado”. La hipótesis que quisiera sostener es que cuando las religiones “salvíficas” fueron devoradas por la religión capitalista experimentaron mutaciones irreversibles (que la teoría social y las humanidades han denominado secularización) que las convirtieron en un dispositivo culpabilizante característico del capital y, por tanto, cerraron la puerta a las posibilidades de redención.

El capitalismo como religión no provino de ninguna religión o cultura en particular. Ni del judaísmo ni del cristianismo ni del islam, aunque estas últimas contengan algunos elementos que fueron utilizados por la nueva religión. En rigor, el capitalismo es el reverso especular de las religiones clásicas: si estas últimas orientaban sus esfuerzos a la redención, aquél los dirige hacia la culpabilización. En efecto, en sus diferentes figuras (mercantil, industrial o financiero), el capitalismo puede ser entendido como un modo de producción del mundo que carece de un origen territorial y epocal preciso, porque, según plantea Hamid Dabashi en su crítica a *Imperio* de Michael Hardt y Toni Negri, siempre fue espacialmente ubicuo y temporalmente simultáneo, en tanto no podía desarrollarse si no era de un modo estrictamente mundial: “el capitalismo fue global desde el principio [...] desde el mismo comienzo el capitalismo era un evento global y en ello no importó si ocurrió como una consecuencia de la ética protestante o de la revolución industrial en

Europa; o en África o en Asia, o en Latinoamérica; haya sido con una visión de mundo budista, hindú o islámica”. Sin patria ni fronteras, su propia consistencia global – dice Dabashi– hizo que el capitalismo afirmara su rumbo más allá de una cultura o religión en particular. El punto crucial es que siempre fue un evento global o, según podemos pensar con Benjamin, una religión global que tuvo como consecuencia la transformación de las prácticas de las religiones clásicas en prácticas características de la nueva religión capitalista, hundiendo progresivamente a las primeras en un “parasitismo”: sin poder ordenar ni salvar el mundo, se volvieron siervas de la culpabilización proveída por el capital.

Un momento clave de ese proceso fue 1492, cuando el naciente espacio atlántico comenzó a sustituir al mediterráneo y la Europa del Norte se volvió hegemónica en relación al Sur, en cuya vanguardia se abría paso el eje hispano–portugués con la Conquista de América y África. Tal proceso implicó una mutación del cristianismo que lo hizo, entre otras cosas, constituir una relación de patronazgo entre la Iglesia y el Estado español de ese entonces, constituyéndose como el nuevo discurso del horizonte imperial. Así, las diversas religiones existentes a lo largo y ancho del planeta iniciaron su largo naufragio subsumiéndose como parte de las lógicas del capital. Mientras los fieles pensaban que su religión era la de siempre, ahora la religión capitalista llegaba al mundo para adorar a un Dios completamente distinto, pero mucho más poderoso: el capital.

Justamente, la advertencia benjaminiana en torno a que el capitalismo es una religión sin dogmas implica que puede vestirse de cualquiera. Y las religiones clásicas, ahora “parasitarias” de la nueva religión capitalista –que a su vez lleva consigo diferentes movimientos y cesuras internas–, prestan sus formas a una religión que carece de una forma precisa y que, por eso, pudo articularse inmediatamente como religión mundial. El capitalismo

puede vestirse de fascismo, de islamismo, de sionismo, de socialdemocracia, de ecologismo, de opus dei, de monarquismo o democracia liberal. Todas las vestimentas caben. Como ocurre en el día de hoy, en plena hegemonía del capitalismo financiero por sobre los otros capitalismos (mercantil o industrial), tenemos una proliferación de diversos capitalismos “culturales” en diversas etapas de desarrollo, donde cada uno practica la liturgia al mismo Dios. Que ISIS proclame la voz de Allah mientras degüella a miles, que Netanyahu haga de la noción judía de pueblo elegido una noción racista o que un agente de Wall Street se obsesione con la subida o bajada de la bolsa, da igual. Es siempre la enorme liturgia que, en su praxis, no deja de adorar a un mismo Dios en la diversidad de sus modos (mercantil, industrial y financiero, tres fases yuxtapuestas de una historia propiamente religiosa).

Nunca antes una religión había sido tan numerosa y, a su vez, tan eficaz en transformar a las otras religiones en verdaderas “sectas” de su propia deriva. Al igual que el Dios monoteísta, el capital tampoco se ve, pero habla. Vive bajo la forma del consumismo incondicionado o del cumplimiento cotidiano del trabajo. La liturgia no cesa. Tanto el espacio como el tiempo son enteramente devorados por la liturgia total de la nueva religión capitalista. El capital no se ve, pero muchos creen estar llamados o condenados por él. Las cifras caen o suben, las ganancias perviven o se van, pero el movimiento no cesa. El capitalismo hace del capital un Dios trabajólico que, como mostró Marx, no es sino la forma que muestra la expropiación del trabajo común, característico de los nuevos regímenes de acumulación.

A veces revela sus mensajes y aparecen gurús para “capacitar” a otros (o sea para volverles más escrupulosos en los rituales) o ciertos teólogos que orientan su saber a calcular las tendencias económicas del momento. El capital es una fuerza divina que, a su vez, “diviniza” a las

religiones clásicas bajo un nuevo horizonte de inteligibilidad. Estamos muy lejos de aquella promesa ilustrada de poner fin a la religión. La religión capitalista vive de otras religiones que integra a su propia y anárquica lógica. Seguirán las religiones proliferando como cristalizaciones particulares de un único Dios al que realmente rinden tributo. El capitalismo es precisamente su motor. Y, más aún, el pivote hacia su transformación asesina, el mecanismo que las convierte en nada más que armas de explotación. No quiere decir todo esto que las religiones clásicas hayan sido el paraíso de la paz y el amor. Por cierto que no. Pero al menos articulaban una cierta idea de salvación que desafiaba a las formas puramente culpógenas de subjetivación. El texto de Benjamin nos da una clave —es tan sólo una de sus entradas— para pensar el fin de toda salvación en las religiones clásicas en virtud del hundimiento en la lógica culpabilizante impuesta por la nueva religión capitalista. Al final del día, sean musulmanes o judíos, católicos o protestantes, todos saludan su fe con Wall Street en la frente, con el peso de la catástrofe de una religión que estetizó a las religiones precedentes convirtiéndose así en la única y verdadera religión planetaria.



EL CAPITALISMO COMO RELIGION ⁽¹⁾

Walter Benjamin

Traducción:
Enrique Foffani y Juan Antonio Ennis

Instituto de Investigaciones en Humanidades
y Ciencias Sociales (IdIHCS) UNLP-CONICET

EN el capitalismo puede reconocerse una religión. Es decir: el capitalismo sirve esencialmente a la satisfacción de los mismos cuidados, tormentos y desasosiegos a los que antaño solían dar una respuesta las llamadas religiones. La demostración de esta estructura religiosa del capitalismo –no sólo, como opina Weber, como una formación condicionada por lo religioso, sino como un fenómeno esencialmente religioso– derivaría aún hoy en una polémica universal desmedida. No podemos estrechar aun más la red en la que nos encontramos. No obstante, más tarde observaremos este aspecto.

Tres rasgos, empero, son reconocibles, en el presente,

¹ El título está tomado más o menos directamente del Thomas Münzer de Bloch, quien en el capítulo dedicado a Calvino, sostenía que éste se había dedicado a “destruir completamente” el cristianismo y a introducir “los elementos de una nueva 'religión', la del capitalismo” (Löwy 2006:203).

de esta estructura religiosa del capitalismo. En primer lugar, el capitalismo es una pura religión de culto, quizás la más extrema que jamás haya existido. En él, todo tiene significado sólo de manera inmediata con relación al culto; no conoce ningún dogma especial, ninguna teología. Bajo este punto de vista, el utilitarismo gana su coloración religiosa. Esta concreción del culto se encuentra ligada a un segundo rasgo del capitalismo: la duración permanente del culto. El capitalismo es la celebración de un culto *sans [t]rêve et sans merci*.⁽²⁾ No hay ningún “día de semana”⁽³⁾, ningún día que no sea festivo en el pavo-

² “Sin tregua y sin misericordia”. En francés en el original. En este único caso, el agregado entre corchetes nos corresponde y se distancia de la versión editada por Tiedemann y Schwepenhäuser. Uwe Steiner (1998:156-157) ha sugerido que en lugar de “sans rêve et sans merci” [“sin sueño y sin misericordia”], como han leído los editores del fragmento tal como está contenido en los *Gesammelte Schriften* de Benjamin, debería leerse “sans trêve et sans merci”, sin tregua y sin misericordia, como aquí se indica. En las notas a la traducción al inglés, Chad Kautzer sostiene también esta posición que fundamenta señalando que “sin tregua y sin misericordia” remitiría al sexto principio en el decálogo de la caballería medieval de acuerdo a su catalogación en el siglo XIX por parte de Leon Gautier. Este sexto principio “refiere al método del caballero medieval en la lucha contra los infieles, y está en consonancia con la descripción del desarrollo del capitalismo por parte de Benjamin y con el tratamiento de la Cristiandad y el capitalismo en las *Réflexions sur la violence* de George Sorel que Benjamin cita más tarde en este manuscrito” (Kautzer, en Benjamin 2005:262). La traducción inglesa de Livingstone, la española de Rosas y la portuguesa de Marques Araújo optan por “sans rêve et sans merci”.

³ Löwy (2006:207-208) observa la ironía contenida en el enunciado, que retoma el argumento weberiano del control permanente sobre la conducta de vida que el Calvinismo llevará al extremo, dado que “los capitalistas puritanos abolieron la mayor parte de los días feriados católicos, considerados como un estímulo para la ociosidad. Así, en la religión capitalista, cada día ve el despliegue de la ‘pompa sagrada’, es decir, de los rituales de la bolsa y de la fábrica.”

roso sentido del despliegue de toda la pompa sagrada [,] de la más extrema tensión de los fieles. Este culto es, en tercer lugar, gravoso.⁽⁴⁾ El capitalismo es, presumiblemente, el primer caso de un culto que no expía la culpa, sino que la engendra. Aquí, este sistema religioso se arroja a un movimiento monstruoso. Una monstruosa conciencia de culpa que no sabe cómo expiarse apela al culto no para expiarla, sino para hacerla universal, inculcarle la conciencia, y finalmente sobre todo incluir al Dios mismo en esa culpa [,] para finalmente interesarlo a él mismo en la expiación. Ésta no debe esperarse, pues, en el culto, ni tampoco en la Reforma ^[5] de esta religión, que debería poder aferrarse a algo seguro en sí misma, ni en la renuncia a ella. En el ser de este movimiento religioso, que es el capitalismo [,] reside la perseverancia hasta el final [,] hasta la completa inculpación de Dios, el estado de desesperación mundial en el que se deposita justamente la *esperanza*. Allí reside lo históricamente inaudito del capitalismo: en que la religión ya no es la reforma del ser, sino su destrucción. La expansión de la desesperación al rango de condición religiosa del mun-

⁴ El término utilizado por Benjamin, de una importancia medular para lo esbozado en este fragmento, es *verschuldend*, donde *Schuld* puede traducirse por “culpa” y “deuda”, y en realidad significa ambas cosas al mismo tiempo. Cuando en la oración siguiente se habla de “culpa”, el sentido de la “deuda” pecuniaria sigue gravitando en el término *Schuld*. La traducción inglesa de Rodney Livingstone opta en este pasaje por la paráfrasis “the cult makes guilt pervasive”, aclarando en nota al final del texto el juego con ambos sentidos. Como se puede leer más adelante y se ha observado en la introducción, el mismo texto observa explícitamente el carácter demoníaco de esta ambigüedad, y hace de ella una de sus líneas de sentido fundamentales.

⁵ *Reformation* alude aquí al proceso secularizador de la Reforma protestante, y por eso es traducido con mayúsculas. Más adelante, donde traducimos reforma con minúsculas, estamos traduciendo *Reform*, que tiene el sentido más amplio de reforma en general, sin marca histórica específica.

do, de la cual debe esperarse la curación. La trascendencia de Dios ha caído. Pero no está muerto, está incluido en el destino humano. Este tránsito del planeta hombre a través de la casa de la desesperación en la absoluta soledad de su senda es el *ethos* que define Nietzsche. Este hombre es el superhombre, el primero que comienza a practicar de manera confesa la religión capitalista. Su cuarto rasgo es que su Dios debe ser mantenido oculto, sólo cenit de su inculpación podrá ser invocado. El culto es celebrado ante una deidad no madurada, cada representación de ella, cada pensamiento que se le dedica, vulnera el secreto de su maduración.

La teoría freudiana pertenece también al dominio sacerdotal de este culto. Lo reprimido, la representación pecaminosa, es –por una analogía más profunda y aún por iluminar– el capital, que grava intereses al infierno del inconsciente.

El tipo del pensamiento religioso capitalista se encuentra magníficamente pronunciado en la filosofía de Nietzsche. El pensamiento del superhombre coloca el “salto” apocalíptico no en la conversión, en la expiación, en la expurgación, en la penitencia, sino en el incremento discontinuo aunque aparentemente constante, que estalla en el último tramo. Por ello es que el aumento y el desarrollo en el sentido de un “non facit saltum” son inconciliables. El superhombre es aquel que ha arribado sin conversión,⁶) el hombre histórico, el que ha crecido atravesando

⁶ La palabra utilizada por Benjamin en este caso es Umkehr, que significa tanto “conversión” (religiosa) como “inversión” (de la marcha), “regreso” o “vuelta atrás”. Hamacher prefiere este segundo sentido para su interpretación: “Es una inversión que no es metanoia o penitencia, sino antes un alejarse de la culpa que emerge del propio movimiento inmanente de ésta. Umkehr es el volverse contra sí misma “propio” de la culpa” (Hamacher 2002:99). Löwy (2006:213), por el contrario, prefiere el sentido de “conversión” que aquí adoptamos, más preciso en la traducción francesa (“sans se convertir”). La traducción inglesa de

do el cielo. Esta explosión del cielo a través de una condición humana aumentada, que es y permanece en lo religioso (también para Nietzsche) como inculpación[,] fue prejujuado por Nietzsche.⁽⁷⁾ Y de manera similar Marx: el capitalismo sin conversión deviene, con el interés y los intereses acumulados, que como tales son una función de la culpa (obsérvese la demoníaca ambigüedad de este concepto), socialismo.

El capitalismo es una religión hecha de mero culto, sin dogma.

El capitalismo –como se evidenciará no sólo en el Calvinismo, sino también en las restantes direcciones de la ortodoxia cristiana– se ha desarrollado en Occidente como parásito del Cristianismo, de tal forma, que al fin y al cabo su historia es en lo esencial la historia de su parásito, el capitalismo.

Comparación entre las imágenes de santos de las diversas religiones, por un lado, y los billetes de banco de los diferentes Estados, por el otro.⁽⁸⁾

Kauzer opta por la forma más general “without changing”. Schöttker (2005:72) observa en este pasaje la alusión al eterno retorno (ewige Wiederkehr) vinculado a la idea del Superhombre (Übermensch) nietzscheano, alusión que resuena en el término en cuestión aquí, aunque –aclara el autor– Benjamin no se extiende sobre esta relación.

⁷ El verbo alemán es aquí “präjudizieren”. Interesa señalar en este caso la divergencia en las opciones tomadas por otras traducciones. En la versión de Chad Kautzer, por ejemplo, se traduce como “prejudged”, pero se aclara entre corchetes “predicó” [preached], que es la opción adoptada en la traducción al portugués (“Nietzsche pregou...”), mientras la francesa de Jouanlanne y Poirier opta por la primera variante (“Nietzsche a porté préjudice...”).

⁸ En el volumen editado por Dirk Baecker bajo el mismo título que lleva el fragmento en cuestión, Birger P. Priddat (2003) toma la propuesta de Benjamin en esta línea para desarrollar un interesante trabajo sobre las alegorías de la religiosidad civil

El espíritu que habla desde la ornamentación de los billetes bancarios. Kapitalismo y derecho. Carácter pagano del derecho Sorel, *Réflexions sur la violence* p, 262 ⁽⁹⁾

Superación del capitalismo a través del desplazamiento Unger Política y metafísica.⁽¹⁰⁾

Fuchs: estructura de la sociedad capitalista, o algo simi-

burguesa en los billetes de banco de los siglos XIX y XX. En Einbahnstraße, más precisamente en el pasaje denominado “Contaduría”, Benjamin insiste sobre esta idea, sugiriendo la necesidad de un libro que contuviera un análisis descriptivo tan satírico como objetivo de los billetes de banco, puesto que en ningún otro lugar más que en “estos documentos” el capitalismo “se comporta cándidamente en su santa seriedad”. Todo el ornamento y la imaginería monetaria constituiría así “un mundo en sí mismo: arquitectura de las fachadas del infierno”.

⁹ Sorel, Georges. *Réflexions sur la violence*. Paris, Rivière, 1906. La teoría de la huelga general desarrollada por Sorel en este volumen se encontraría en el centro de las reflexiones de Benjamin en “Sobre la crítica de la violencia” (“Zur Kritik der Gewalt”) (1921). Ediciones en español: Reflexiones sobre la violencia. Traducción de Augusto Vivero, Madrid, Francisco Beltrán, 1915; Santiago de Chile, Ercilla, 1935; traducción de Florentino Trapero, Madrid, Alianza, 1976.

¹⁰ Unger, Erich. *Politik und Metaphysik*. Berlin, Verlag David, 1921. El trabajo de Unger también sería de especial importancia en “Zur Kritik der Gewalt”. Benjamin consideraba a este libro “el escrito sobre política más significativo de esta época” (GS II-3; 944). Lo que aquí se traduce como “desplazamiento” es el alemán *Wanderung*, literalmente “paseo, camino a pie”. Como informa Löwy (2006:214), el texto de Unger habla de la *Wanderung der Völker* (migración de los pueblos) como solución radical para salir del capitalismo alternativa a la guerra civil. La única salida del capitalismo, de acuerdo con el autor, estaba poniéndose fuera de su alcance. De acuerdo con Uwe Steiner (1998:166), el radicalismo consecuente que predicaba Unger “no sólo acentúa la falta de salidas de este culto que se autopropetúa, tal como el fragmento de Benjamin describe el capitalismo. También pretende superar el capitalismo oponiéndole una escena religiosa originaria: el éxodo de Israel de Egipto en el Antiguo Testamento.”

lar (¹¹)

Max Weber: Ensayos reunidos sobre sociología de la religión 2 tomos 1919/20 (¹²)

Ernst Troeltsch: Las enseñanzas sociales de las iglesias y grupos cristianos (Ges. W. I 1912)(¹³) Landauer: Llamado al socialismo p 144 (¹⁴)

Las preocupaciones: una enfermedad del espíritu/(¹⁵) que pertenece a la época capitalista. Falta de salida espiritual (no material) en la pobreza, la vagancia, la mendicidad, el monacato. Un estado tan desprovisto de salidas resulta gravoso. Las “cuitas” son el índice de la conciencia de culpa de esta falta de recursos. Las “preocupacio-

¹¹ Löwy identifica aquí al autor como “un certain Bruno Archibald Fuchs”. El libro, *Der Geist der Bürgerlich-Kapitalistischen Gesellschaft* (“El espíritu de la sociedad capitalista burguesa” y no la estructura, como refiere Benjamin, Munich/Berlin, 1914), contendría un intento (vano, según Löwy) de polemizar con Weber demostrando que los orígenes del mundo capitalista se encontrarían ya en el ascetismo de las órdenes monásticas y en la centralización papal de la Iglesia medieval (Löwy 2006:210).

¹² Weber, Max. *Ges. Aufsätze zur Religionssoziologie*, Tübingen, Mohr, 1920-1921. Ensayos de filosofía de la religión, trad. de José Almaraz y Julio Carabaña, Madrid, Taurus, 1984.

¹³ Troeltsch, Ernst. *Die Soziallehren der christlichen Kirchen und Gruppen*. *Gesammelte Schriften*, Bd. I, Tübingen, Scientia Aalen, 1912.

¹⁴ Landauer, Gustav. *Aufruf zum Sozialismus*, Berlin, Paul Casirer, 1911. *Incitación al socialismo*, trad. de Diego A. de Santillán, Buenos Aires: Américalee, 1947.

¹⁵ Benjamin habla aquí de “Geisteskrankheit”, que más precisamente significa “demencia” o “enajenación”. En la versión inglesa, Chad Kautzer traduce “mental illness”. Creemos más adecuada aquí la traducción literal “enfermedad del espíritu” (similar a la adoptada en la versión portuguesa de Jander de Melo Marques Araújo, “uma doença do espírito”, más tenue en español, aunque no deben perderse de vista sus resonancias inmediatas).

nes” surgen del temor a la falta de recursos a nivel comunitario, ya no individual.

El Cristianismo del tiempo de la Reforma no propició el ascenso del capitalismo, sino que se transformó en el capitalismo.

Habría que investigar en principio, metódicamente, a qué conexiones con el mito ha accedido el dinero en el curso de la historia, hasta que pudo apropiarse de tantos elementos míticos del Cristianismo como para constituir el propio mito.

Wergeld⁽¹⁶⁾ / Thesaurus de las buenas obras / Salario

¹⁶ De acuerdo con el diccionario de los hermanos Grimm (tomo 29, col. 320-322), el Wergeld (o wergild) es una multa destinada a encontrar un sustituto jurídico para evitar las venganzas de sangre. Éstos remontan el término a la raíz germánica *wera- (< *wira-, indoeuropeo *w̥iro-s) 'hombre' y *gelda 'compensación, servicio'. El término puede encontrarse en alto alemán antiguo en fechas tan tempranas como el siglo VIII y equivaldría a la 'satisfactio' que se encuentra en Tácito. El Wergeld no fue comprendido, así, desde el comienzo como una pena, sino que representaba un equivalente contractual de la deshonra sufrida por la familia, clan o grupo del asesinado. En la Edad Media, de acuerdo con los Grimm, el pago al agredido o a sus parientes fue progresivamente desplazado por el pago a la fuerza pública, con lo cual el Wergeld asumió el carácter de una multa oficial. El monto a abonar se determinaba de acuerdo al status social del occiso, más raramente de acuerdo a la fama del autor del crimen. Originalmente válido sólo para hombres aptos para la guerra, luego fue fijado también para mujeres niños y hasta para algunos animales; también las heridas y los agravios podían expiarse con el pago de una parte de la suma establecida para la víctima en cuestión. Desde luego, el monumental trabajo de los hermanos Grimm se extiende en detalles históricos y filológicos no desprovistos de interés, aunque ociosos en este espacio. Simmel, en su *Philosophie des Geldes*, encontraba en este concepto una de las

que se le adeuda al *sacerdote* [.] Plutón como dios de la riqueza.

Adam Müller: Discursos sobre la elocuencia 1816 p. 56 ss.⁽¹⁷⁾

Conexión del dogma de la naturaleza disolvente y en esta propiedad al mismo tiempo redentora del saber con el capitalismo: el balance como el saber que redime y liquida.

Contribuye al conocimiento del capitalismo como una religión imaginarse que el paganismo originario –más próximo a la religión– comprendió, con seguridad, la religión no tanto como un interés “moral” “elevado”, sino como el interés práctico más inmediato, que, en otras

manifestaciones más tempranas y curiosas del intento de encontrar una tarifa monetaria precisa para el valor de la vida humana. Esta suma pagada por la muerte de un hombre se convierte en unidad monetaria, y la conclusión de Steiner (1998:161, quien por otra parte trae a cuento la referencia a Simmel), con Benjamin, es que “así, el dinero se deja concebir no sólo como expresión de una deuda económica neutra, sino asimismo como memento de una deuda que involucra la vida y la muerte de un hombre”. En un trabajo posterior, Steiner (2003:41) vuelve sintéticamente sobre el fondo filológico del concepto, para señalar cómo con éste el fragmento benjaminiano recuerda “el complejo a la vez económico y sacro-jurídico de representaciones con las cuales la culpa y el dinero están vinculados desde tiempos inmemoriales”. Finalmente, la traducción de Omar Rosas, y a tono con ella la portuguesa abajo señalada, prefieren traducir la expresión como “El precio de la sangre”. Preferimos aquí mantener el nombre alemán, dado que en el texto mismo puede leerse como cita o referencia de orden erudito y filológico. En la traducción inglesa de Kautzer se acentúa esta opción al optar por la forma más antigua “Wergild”.

¹⁷ Adam Müller. Zwölf Reden über die Beredsamkeit und deren Verfall in Deutschland. Leipzig, Göschen, 1816.

palabras, tenía tan poca noción de su Naturaleza “ideal” “trascendente” como el capitalismo actual, y veía antes en el individuo de su comunidad irreligioso o de otro credo un miembro certero de la misma exactamente en el sentido en el que la burguesía de hoy lo ve en sus integrantes no productivos.

[fr. 74]

